

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**FAMOSO GIOVANNI PAPINI
DE ATEO A CATÓLICO**

S. MILLÁN – 2024

ÍNDICE GENERAL

Giovanni Papini

Las memorias de Dios.

Un hombre acabado.

Jornadas vergonzosas.

¿Que queréis de mí?

No conozco a los hombres.

Buscando la verdad.

Buscando la paz.

¿Quedaré ciego?

No quiero morir.

Jesús de Nazaret

La conversión.

CONCLUSIÓN

GIOVANNI PAPINI (1881-1956)

Su padre era republicano, ateo y anticlerical. Por eso, no es extraño que él desde sus más tiernos años decidiera ser ateo y no creyera en la existencia de Dios. Fue bautizado a escondidas de su padre, creció sin sermones, ni misas, ni educación cristiana. Fue un gran literato que desde su punto de vista ateo y anticlerical trató de defender lo que creía que era la verdad y la justicia.

En 1903 fundó con Prezzolini y otros la revista *Leonardo*, que se cerró en 1907. En 1907 se casó con Giacinta Giovagnoli con la que tuvo dos hijas: Viola y Gioconda. En 1908 fundó con Prezzolini la revista *La voce*, que duró hasta 1916. En 1911 con Amendola fundó la revista *L'anima*, que solo duró un año. En 1912 escribió el libro *Memorias de Dios*. En 1913 fundó la revista *Lacerba* y escribió el libro autobiográfico *Un hombre acabado* teniendo 30 años. En 1914, en sus artículos escribió a favor de que Italia entrara en la primera guerra mundial. Después se arrepintió de haberlo hecho al ver tantos muertos.

Terminada la primera guerra mundial, pasó unos años con crisis espiritual. Le ayudó el obispo de Sansepolcro Monseñor Pompeo Ghezzi. En 1921 anunció su conversión en su libro *Jesús de Nazaret*. En 1943, en plena segunda guerra mundial, se refugió en el convento de *La Verna* porque era perseguido y buscado por los comunistas. En 1944 se hizo terciario franciscano y se refugió en el obispado de Arezzo. Fue rescatado por los soldados norteamericanos.

En 1953 sufrió una grave enfermedad, una forma de esclerosis lateral amiotrófica, que lo privó del uso de las piernas, brazos y manos, y en su fase terminal también del habla; incluso perdió la vista, quedándole solo una leve capacidad en el ojo derecho. En 1954 murió su hija Gioconda y él se encerró en sí mismo en la oración. Murió en 1956 en Florencia, su ciudad natal, ciego, mudo y paralítico. Fue considerado un literato del primer nivel, teniendo la satisfacción de haber defendido la justicia y la verdad, arropado por su familia.

En su libro *Jesús de Nazaret* manifiesta su conocimiento de Cristo y su amor incondicional a él. Tiene frases de amor a Jesús como de un convertido enamorado de Jesús, después de haber escrito el libro *Memorias de Dios*, donde pone en boca de Dios palabras blasfemas, deseando la muerte de la fe y de su propio fin, pero se arrepintió de haber hecho tanto mal en el mundo. Cristo, que lo estaba esperando, le salió al encuentro. No se sabe exactamente cuándo entre 1919 y 1921, pues en 1921 ya era un enamorado de Cristo, como lo declaró en su obra *Jesús de Nazaret*, que quiso ser un acto de reparación por todos sus escritos anticristianos anteriores, en los que había insultado a Cristo en los términos más vulgares. Una vez convertido, ordenó a su hija Viola que buscara todas las copias de sus obras anticristianas, especialmente las *Memorias de Dios* para quemarlas.

LAS MEMORIAS DE DIOS

En este libro presenta al mismo Dios, como si quisiera decir a los hombres cómo es su vida como creador del bien y del mal, cómo ha sido creado por los mismos hombres y cómo desea que lo maten y lo hagan desaparecer al no creer ninguno en él, deseando que todos sean ateos. Es un libro en el que se imagina a Dios poderoso, que no tiene amor por los hombres y que se goza de verlos sufrir para no sentirse solo en el universo. Vamos a exponer algunos de sus textos, como si Dios mismo lo dijera en sus *Memorias*. Veamos.

Yo existía en la eternidad, encerrado y recogido en mí mismo, espíritu tan solo, ni el espacio ni lo físico existían fuera de mi mente. Mi soledad era como siempre espantosa. Nació en mí el propósito de salir de mí mismo y de manifestarme, de reflejarme en mi obra, de crear seres tales que al menos me diesen la apariencia de ser conocido y comprendido... Las criaturas habían de ser por fuerza malas copias del creador y la creación un empequeñecimiento o afeamiento del sueño que creaba. Así fue y así lo lloráis y yo lo lloro con vosotros.

Me gustó, con asco lo repito, probar mi poder con un acto que hiciese visible lo invisible y tangible lo intangible y concreto lo abstracto. Quise crearme un ejército de esclavos, una multitud de súbditos y de fieles, una cohorte de compañeros. Quise crearme un espectáculo que alegrase mis ojos, que distrajera mi espíritu y me hiciese probar la voluptuosidad desconocida del parto de lo nuevo...

Estaba tan solo, tan horriblemente solo. Mi vida era igual, monótona, sin incidencias, sin mudanzas, sin sorpresas. Todo era tinieblas, todo inmovilidad e inmutabilidad. Ni un sonido, ni un rayo de luz, ni un solo movimiento. Mi bienaventuranza era tal que se asemejaba a la paz de la muerte. Entonces mi pensamiento, oprimido por el tedio y solicitado por la soberbia, se movió y no bien hube pensado en el mundo posible, las estrellas se encendieron en el cielo, los átomos llenaron los abismos vacíos, los cuerpos rodaron en el espacio y sobre la tierra nació con la primera vida, el primer dolor ¹.

Creé mundos donde todo era fuego, pero tan diversamente congregados y mezclados que ofrecían una variedad mucho más rica que el vuestro. Creé tierras mucho más grandes que vuestro sol, habitadas por seres que serían invisibles a vuestros ojos y que son casi dioses comparados con vosotros, imaginé y compuse

¹ Papini Giovanni, *Memorias de Dios*, Ed. Biblioteca nueva, Madrid, 1927, pp. 34-36.

universos donde todo era tinieblas y silencio... Y arrojé otros mundos innumerables en las formas eternas del espacio y del tiempo ².

A cada instante del día y de la noche subieron a mi trono los suspiros resignados y las estentóreas maldiciones de todos los afligidos y de todos los martirizados. ¿Os extraña acaso que vuestro Dios sea tan sensible y tan inútilmente compasivo? Me podíais decir: Si tú mismo nos creaste, ¿no sabías que la desventura sería lo que nos correspondiera y que el mal sería nuestro destino? Si así te conmueve nuestra suerte, ¿por qué no nos destruyes? ¿Por qué no hacernos mejores o no hundirnos de nuevo en los abismos de que salimos por orden tuya? ³.

La verdad es que yo mismo he querido el mal deliberadamente y yo mismo lo he considerado necesario para mi experiencia y lo he mezclado y confundido con vuestra realidad... Hubiera podido haceros naturalmente buenos de suerte que aun dejándoos enteramente libres, no os fuese dado pecar. Los pecados no son los únicos males del mundo, las tristezas de la brevedad de la vida y de la muerte inevitable, el contraste áspero y eterno entre las aspiraciones y las fuerzas, los dolores inesperados e involuntarios por causas materiales, los estragos de borrascas y volcanes, pestes y terremotos, todos los males que no dependen de vosotros, demuestran que el mal no es únicamente consecuencia del pecado, que el mal no siempre es voluntario, sino muchas más veces, es padecido... Vosotros sois mis víctimas, creadas precisamente para ser víctimas y víctimas seréis hasta el último día... Yo sabía del dolor, pues estoy condenado a saberlo todo, pero no lo había sentido nunca. Quise crear entonces el mundo en que el dolor fuese la ley, donde todos los seres estuviesen condenados al esfuerzo, al descontento y tanto más ásperamente cuanto fuesen mejores ... Vosotros hombres, no sois más que vehículos e instrumentos del dolor divino y vuestro dolor no es sino el principio de mi dolor ⁴.

Ningún consuelo tengo de vosotros, hombres, ni vivos ni muertos. Si os hice tristes, vosotros no os cansáis de entristecerme. Si vuelvo la mirada a vuestra pequeña tierra y contemplo los hechos y dichos de todos vosotros, aun de aquellos que me profesan amor y que dicen haberme consagrado su vida, no saco consuelo alguno y nada es suave a mi corazón desmesurado, a mi alma hartamente diversa de las vuestras. Los que creen glorificarme, me humillan; los que se hacen la ilusión de servirme, me aburren; el que quiere amarme, no me halla; quien desea obedecerme, no sabe adivinar mis mandatos, y el que me ruega, no puede ser escuchado. Hay muchos que no me conocen y niegan que yo exista y

² Ib. p. 39.

³ Ib. p. 43.

⁴ Ib. pp. 45-47.

es ciertamente un dolor grave para un padre verse renegado de sus hijos... Con todo, menos me duelen en mi espíritu los ateos que aquellos que se precian de ser mis servidores ⁵.

Estoy harto de vuestras oraciones y no tengo nada que responder a vuestras demandas. Me avergüenzo de haberos creado tan bajos y cobardes ⁶. Soy bueno a la fuerza y por fuerza no puedo ser malo. Si algo deseo, es precisamente el ser malvado. He hecho todo lo posible por conseguirlo y, no pudiendo hacer yo mismo el mal directamente, he creado un mundo donde no piensan en otra cosa los vivos que en hacerse mal unos a otros. He plasmado un planeta, el vuestro, donde el delito, llámese como se llame, es la regla... He cometido un delito más grande que todos los vuestros juntos y me arrepiento y me duelo... Y estoy aquí solo, abandonado, sin amor, sin sorpresas en mi sabiduría, sin incitaciones a la acción, incomprendido, aburrido, insultado, lleno de remordimientos y de añoranzas, y todos me envidian y muchos me odian y nadie me socorre ⁷.

Sabedlo, no soy el Dios que vosotros creéis, no soy el Dios que os ha creado. No os he creado yo, pero vosotros me habéis creado a mí, no sois mis criaturas, sino mis creadores y no soy padre, sino hijo... En cierto modo existo, pero no por mí, sino dependiente de vosotros, tal y como me habéis hecho, y únicamente vosotros podéis cambiarme y aniquilarme. Como hijo, como vuestra propiedad que soy, solo os pido: Matadme. No quiero ser más así, estoy cansado de mi papel y harto humillado de mi dependencia. Vosotros me hicisteis y, como sois imperfectos e inquietos de corazón, nací lleno de imperfecciones, pese a vuestra idea de que yo fuese sin defecto. Ahora es tiempo de acabar. No os reprocho el haberme creado, no me quejaré nunca más. Pero ya es hora de acabar. Os ruego y os conjuro por cuanto más queráis en el mundo, por vuestra tranquilidad, por la luz de vuestro sol y la sonrisa de vuestros hijos, os ruego con toda mi alma, con todas mis fuerzas y toda mi humildad: matadme, suprimidme, libertadme... Libertadme, os digo, arrojadme de nuevo a la nada. Tan fácil como sería para vosotros. No creáis más en mí y cesaré de existir. Apenas el último hombre haya dejado de creer en mí, ya no existiré. Haced que ese día se aproxime, ayudadme en nombre del Hombre.

Hombres, sed ateos, sed ateos en seguida. Dios mismo, vuestro Dios, Dios vuestro hijo, os lo ruega con toda su alma. Hombres, vosotros que sabéis lo que es el descanso del fin, no se lo neguéis a quien ha vivido harto y está cansado. A quien disteis sin que os lo pidiera la vida, no le neguéis la muerte ⁸.

⁵ Ib. p. 55.

⁶ Ib. p. 68.

⁷ Ib. p. 77.

⁸ Ib. pp. 82-85.

Como vemos en estas ideas de Papini sobre lo que según él como ateo entendía que era Dios, no es un Dios de amor y misericordia, que es eternamente feliz y amoroso con sus hijos los hombres. Además, Dios no está eternamente solo y aburrido como él lo entiende, sino que es un Dios, trino y uno. Es un Dios que, aunque permite el mal en el mundo, es solo como una estrategia de cara a la eternidad, porque las víctimas serán eternamente felices y los verdugos serán al final juzgados y, si no aceptan a Dios y su amor, serán como los demonios eternamente infelices, porque fuera de Dios nadie puede ser feliz. Dios es amor, lo dice claramente san Juan en su primera carta. La Biblia nos muestra a un Dios que envía a su Hijo a rescatar a los hombres y Jesús es el primero que sufre en la cruz para salvar a los hombres de la oscuridad y de la muerte eterna.

UN HOMBRE ACABADO

Veamos ahora lo que nos dice Papini en su libro *Un hombre acabado*, que es una Autobiografía suya viviendo como ateo, sin conocer la verdad y sin ser feliz de verdad. Nos dice:

¿Es digna la vida de ser vivida? La vida para ser soportable debe ser vivida intensamente... Yo me afirmé con todo el ardor de una vida ascendente en la negación de la vida. Mi respuesta, la única posible entonces a la maligna injusticia de la suerte y a la silenciosa enemistad de los hombres, fue la persuasión de la infinita vanidad de todas las cosas, de la ruindad congénita y de la irremediable desgracia del género humano ⁹.

Quien ha deseado todo, ¿cómo puede contentarse con poco? Quien buscó el cielo, ¿cómo puede limitarse a la tierra? Quien se adentró en la senda de la divinidad ¿cómo puede resignarse a la humanidad? Todo se acabó. Todo quedó encerrado, todo se ha perdido. No hay nada que hacer ¿Consolarse? Ni siquiera eso. ¿Llorar? Para llorar es preciso tener fe, se requiere una esperanza. Yo ya no soy nada, no sirvo para nada, no quiero nada, permanezco inmóvil. Soy una cosa, no un hombre. Palpadme, estoy frío como una piedra, frío como un sepulcro. Aquí está enterrado un hombre que no logró convertirse en Dios ¹⁰.

¡Cuántas veces, en vez de permanecer encerrado en mí estudio, a solas con mis pensamientos, me he dejado vencer un momento por la fatiga, y he huido al exterior, me he detenido ante los escaparates, he seguido las luces encendidas sobre mi cabeza, he subido a los tranvías repiqueteantes y fugitivos, me he

⁹ Papini Giovanni, *Un hombre acabado*, Ed. Argos Vergara, Barcelona, 1980, p. 51.

¹⁰ Ib. p. 169.

sentado en los cafés y hojeado revistas aburguesadas de llamativos grabados; he ido en pos de mis amigos y he entablado con ellos interminables polémicas necias, malintencionadas e ingeniosas; he realizado visitas en que me han ofrecido café en doradas tacitas, mientras charlaba con señoritas forasteras y con viejas damas afectuosas!

Demasiadas veces he abandonado una página a la mitad, en un punto difícil, para tumbarme en un diván y leer un libro cualquiera, que me proporcionara la ilusión de pensar por mi cuenta, y hasta he ido en busca de los chistes ingeniosos del diario. La pereza, la dulce y venenosa pereza, con sus cien rostros y cien sonrisas, me ha arrastrado, seducido y viciado casi siempre; con la excusa del frío o del sueño, o por falta de papel o de pluma, me ha apartado del trabajo.

Y además me he dejado vencer por el cuerpo, por la sensualidad: por el vientre y por el sexo. He comido demasiado, tanto que durante horas no pude trabajar; he bebido demasiado, tanto que me he sentido en aquel estado de agradable embriaguez en que todo parece fácil y lejano; he perdido horas y horas, veladas y noches enteras, junto a las mujeres, fogoso y feliz ¹¹.

JORNADAS VERGONZOSAS

A menudo creo ser uno de los holgazanes más hipócritas de Italia. Duermo diez horas seguidas, sin despertarme, soñar. Me levanto con la cabeza pesada y la boca pastosa. Salgo para no hacer nada. Regreso a casa para descansar. Como vorazmente como un adolescente en pleno crecimiento. Saboreo una buena taza de café. Fumo de cinco a diez cigarrillos. Me tumbo en un sillón con las piernas sobre otro. Leo un diario de cabo a rabo, como un jubilado achacoso. Salgo de nuevo para encontrarme con cualquier escéptico conocido, con quien sostengo una dialéctica irónica estúpida y amarga. Entro en un café, engullo una taza de chocolate harinoso, como a disgusto tres o cuatro pastelillos embadurnados y rellenos de repugnante mermelada. Hojeo un montón de diarios arrugados y ajados, y casi sonrío al contemplar las caricaturas burdamente coloreadas. Vuelvo a la calle bajo la iluminación teatral de los faroles eléctricos. Sigo pertinazmente a una prostituta empolvada y pintarrajeada, como si fuese mi primer amor. Entro en una librería para comprar con unas monedas libros en rústica con las páginas sin cortar, y que jamás leeré. Me detengo ante las mantequerías y contemplo los quesos untuosos y las latas de sardinas, y esto me abre el apetito. Voy de visita a una casa donde me ofrecen té, y me bebo cuatro tazas esperando que me venga un poco de

¹¹ Ib. p. 172.

talento. Entro en un teatro para ahogar en la música la ruin tristeza. Y todo para matar las horas, para no acordarme de lo que debería hacer y no hago, para embrutecerme, para envilecerme, para adormecer mis remordimientos, para embotar mi conciencia...

De vez en cuando, si no tengo más remedio, escribo una carta o diez cartas, para no pensar más en ello, para desembarazarme de todos, y alguna noche, cuando me siento verdaderamente saturado e inconsolablemente melancólico, agarro mi gruesa pluma negra y escribo sin parar lo que mi alma rezuma. Lleno furiosamente diez, veinte, cuarenta cuartillas con mis desahogos, con mis actos de contrición, con mis refinados e inútiles absurdos.

Me acuesto pronto, duermo diez horas seguidas, sin despertarme, sin soñar. Me levanto con la cabeza vacía y amarga la boca, y vivo hasta el anochecer como he dicho antes. Y cuando no puedo más, vuelvo a verter convulsivamente palabras y más palabras en las cuartillas, y a cantar con versos de inacabables silabas al terrible hombre ascético que ve las cosas humanas con mirada divina; y soy tan abyecto que ni por asomo se me ocurre la idea de mezclar arsénico a mi rubio té, tan generosamente endulzado.

¿QUÉ QUEREIS DE MÍ?

Sin embargo todos me buscan, todos quieren hablarme, todos se interesan por mí. Me preguntan cómo estoy, si me he repuesto, si me ha vuelto el apetito, si salgo de paseo, si trabajo, si he terminado aquel libro y si comenzaré otro. Aquel flaco simio tudesco quiere traducir mis obras; aquella pizpireta muchacha rusa desea que le escriba su vida; la señora americana quiere enterarse absolutamente de mis últimas noticias; el señor americano me envía su coche a la puerta para que vaya a comer y a confiarme con él; mí compañero de estudios y de charlas desde hace diez años pretende que le lea de corrido cuanto escribo; mi amigo el pintor intenta que permanezca quieto ante él durante horas y horas para poder hacerme el retrato; el periodista se interesa por cuanto hago en casa; el amigo místico bucea en el estado de mi alma; el amigo práctico se preocupa por el estado de mi cartera; el presidente de la sociedad me encarga un discurso; la señora espiritual me recomienda que vaya a tomar el té a su casa lo más a menudo posible para conocer mi opinión sobre Jesucristo y sobre el quiromántico llegado por aquellos días...

Pero ¡a qué estado he llegado, Dios mío! ¿Qué derecho tenéis vosotros a inmiscuir en mi vida, a robarme mi tiempo, a hurgar en mi alma, a rebañar en mi pensamiento, a pretenderme por compañero, confidente e informador? ¿Por quién me habéis tomado? ¿Soy acaso un actor asalariado para recitar cada noche ante vuestros hocicos, hechos al bofetón, la comedia de la inteligencia?

¿Acaso soy un esclavo comprado y pagado que debe inclinarse ante vuestros caprichos de desocupados, y ofreceros graciosamente cuanto soy y hago?

Yo soy un hombre que querría vivir una vida heroica y hacer más soportable el mundo a sus ojos. Si en un momento de debilidad, de abandono y de precisión dejo caer por el mundo desdeñosas palabras, o sueños pobres en imágenes, recogedlos al instante y aventadlos bien lejos; pero no me fastidiéis.

Soy un hombre libre. Necesito libertad, necesito estar solo, necesito escudriñar en lo más íntimo de mi ser mi vergüenza y mi tristeza, gozar del sol y de las piedras del camino, sin compañía y sin palabras, a solas con la música de mi corazón. ¿Qué queréis de mí? Lo que yo quiero decir lo escribo; lo que yo quiero dar lo doy. Vuestra curiosidad me da asco; vuestros cumplidos me humillan; vuestro té me envenena. No debo nada a nadie y debo rendir cuentas únicamente a Dios ¹².

Antes yo no poseía nada: ni amores, ni fines ni sueños. Mi único amor era el poder ¿Y después del poder? El vacío. Me sentí espantosamente vacío, como una charca que parece una sima, porque refleja la profunda lejanía del cielo ¹³. Soy un ser mediocre, un mediocre infame a quien odio con toda el alma. Soy aquel que jamás habrá logrado ser nada, cuando su sangre se detenga y sus pulmones respiren por última vez. Tal vez fui algo, tiempo atrás, durante un instante, quizá consumí todo el genio que me había sido dado en una sola noche, en una sola partida de aquel juego que desconozco por entero... Sé que soy un imbécil, advierto que soy un idiota y esto me diferencia de los idiotas absolutos y satisfechos. Soy superior hasta el punto de comprender que no soy lo bastante superior y nada más. Quizás en el transcurso de los años mi imbecilidad llegue a ser más profunda y entonces seré, si no más feliz, menos atormentado. Confío en trocarme en árbol o en piedra y en yacer eternamente en la beatífica inconsciencia del todo ¹⁴.

He leído muchos libros, demasiados quizá y, sin embargo, puedo asegurar que no he leído nada. Tengo la memoria repleta de una infinidad de nombres y de títulos, un almacén de apuntes, pero los libros que conozco realmente por dentro y por fuera, en su texto y en su espíritu, por haberlos leído y releído, meditado y asimilado son poquísimos y no me avergüenzo. No soy el único en este miserable estado que pierde el tiempo en escribir en la arena palabras que el viento se llevará. El hombre de un solo libro es fúnebre y tétrico, pero el hombre de

¹² Ib. pp. 176-177.

¹³ Ib. p. 181.

¹⁴ Ib. p. 186.

demasiados libros es como un albañal que de todo lo que pasa por él solo retiene las heces. Yo soy uno de estos hombres ¹⁵.

Quise probarlo todo. Entré en casa de los pobres para recibir sus acusaciones; me detuve junto al jornalero que cavaba, acepillaba o trillaba, para penetrar en el espíritu de su trabajo, para adivinar su idea sobre la felicidad; seguí a los desconocidos por calles concurridas para espiar su vida: quise acercarme a los señores elegantes y corteses, y temblé de frío y de rabia en sus suntuosos salones caldeados; me entretuve con el camarero, hice hablar a los niños y a sus mamás; frecuenté las iglesias y me senté junto a las beatas vestidas de negro que murmuraban a la Virgen peticiones pueriles, estuve con los curas en las casas parroquiales y con los frailes en los conventos; me personé en las escuelas más concurridas y en los estudios de los pintores desconocidos; viví las preocupaciones de los negociantes y me familiaricé con sus empleados; pedí a las prostitutas que me contaran su vida; respiré el aire infecto de las tabernas económicas y de los cafés de segundo orden para oír las conversaciones de quienes quería redimir.

Intenté yo mismo incrustarme en la vida de los demás: escribí cartas a máquina al lado de las mecanógrafas; tomé apuntes con los estudiantes; desollé muertos con los médicos, segué trigo con los campesinos, tiré del cabestro de los asnos con los borriqueros, alterné en banquetes con duques y marqueses, utilicé la plomada con los albañiles y el pico y la pala con los peones.

Todo resultó inútil. Me he acercado a vosotros, hombres, pero no os quiero. No puedo quereros. Me asqueáis, me repugnáis Y como no os quise, no os conocí y, al no conoceros, no pude salvaros. Permanecí solitario en medio de vosotros y mis promesas no os mueven a la acción ¹⁶.

BUSCANDO LA VERDAD

Yo no exijo ni pan, ni gloria, ni compasión. No pido abrazos a las mujeres, o dinero a los banqueros, o elogios a los “geniales”. Todas estas cosas me tienen sin cuidado; o gano o las robo para mí. Pero pido y exijo, humildemente, de rodillas, con toda la fuerza y la pasión de mi alma, un poco de certeza. ¡Una sola, una pequeñita fe segura, un átomo de verdad! Yo os ruego y os conjuro, por todo cuanto de más querido y precioso tenéis en el mundo, por vuestra vida, por vuestra amada de hoy, por vuestra idea preferida, a que me digáis si está entre vosotros el que yo busco, si hay alguien que esté seguro, que

¹⁵ Ib. p. 187.

¹⁶ Ib. pp. 191-192.

conozca, que sepa, que viva y se mueva dentro de la verdad. Y si está, y no se equivoca y no se engaña, y si es generoso cuanto afortunado, que me diga lo que conoce y lo que sabe, que me lo revele bajo juramento, y que me haga pagar lo que quiera y como quiera por su verdad. Tengo necesidad de un poco de certeza. Preciso una verdad. No puedo por menos. No sé vivir sin ella. No pido otra cosa, no pido nada más; pero esto que pido es mucho, es algo extraordinario, lo sé. La quiero de todas formas, debo alcanzarla a cualquier precio, si es que hay alguien en el mundo a quien importe mi vida.

Yo no he buscado otra cosa. Desde niño no he vivido más que para esto. He llamado a todas las puertas, he interrogado a todos los ojos, he pedido a todas las bocas y he sondeado en vano miles y miles de corazones. Y en vano me he lanzado a la vida hasta el punto de ahogarme y de vomitar. En vano, siempre en vano, he desperdiciado mi vista en libros viejos y recientes, y me he llenado la mente de las diatribas de los filósofos rivales, y en vano, eternamente en vano, he provocado los ecos interiores y he preparado humildemente las sendas de la revelación. Pero nada ha llegado y nadie ha respondido.

Nadie ha contestado de forma que se anule cualquier deseo y necesidad de preguntar aún. Nada ha venido que pueda calmar mi corazón, demasiado impaciente, y que pueda saciar mi alma, sedienta como un desierto. No todas las tentativas y los esfuerzos han resultado inútiles. Muchas paredes se han derrumbado, muchos muros se han cuarteado, hundiéndose poco a poco unos, como arena arrasada por el viento; con gran estrépito otros, como si una nueva tierra emergiese de la antigua. Pero dentro de cada pared aparecía el vacío; más allá de cualquier muro estaba la oscuridad, y el eco era tan extraño y singular que a cada sí de esperanza volvía atrás un cansado no sin fin.

Nadie podrá echarme en cara que yo no haya tenido valor. Todavía recuerdo las noches largas, serenas, veladas bajo las estrellas, con la ilusión del infinito en el alma, bajo aquel cielo y aquellas estrellas que te colman de santidad y te purifican el pensamiento de los bestiales coloridos del día... Y me he inclinado sobre el cristal del microscopio: ¿qué he visto? Lo que veo cada día con los ojos desnudos: pequeños seres en un mundo pequeño que se engullen unos a otros.

Y vinieron los hombres de la fe y quienes tienen encomendado conservarla. Y todos sus discursos no lograron encender en mí la fe que brotaba de sus palabras; y de sus palabras mi espíritu maldito deducía engaños, orgullos, ilusiones, ignorancia, ficciones, excusas, cálculos y todo cuanto quiere hacer de Dios un esclavo del hombre.

Ni siquiera con los filósofos estuve afortunado. Los mejores eran retóricos que a fuerza de afilar el hacha hacían caer seca en la tierra la mies antes de segarla, y los demás eran poetas descaminados, energúmenos sin gracia, que describían noche y día imaginarias ciudades donde nadie podrá vivir jamás, y enormes, altas y ricas fachadas sin edificios en su interior.

Por ninguna parte vi la verdad. Una verdad, entendámonos, de aquellas que hacen caer con el rostro pegado a tierra, como reflejo del divino fulgor, e iluminan con luz inextinguible el exterior y lo más íntimo de nuestro ser: el hombre y su imagen. Pero de ningún sitio me ha venido certeza alguna. De cada cosa he visto el pro y el contra, y el pro del contra, y el contra del pro. Todas las ideas eran diamantes y prismas, y esfinges con mil respuestas a diez preguntas. Nadie puede asegurar nada: "Es así y no de otro modo". A ningún problema se puede contestar de un solo y exclusivo modo y solamente de aquel modo. Cada hombre al hablar tiene su propia razón, y quien habla contra él tiene también la suya, y tiene también la suya quien habla contra el primero y el segundo y un posible cuarto. Una vez tras otra no tenemos más remedio que asentir: también el demente tiene sus argumentos y conviene escucharlos con prudencia.

¿Escéptico yo? No, desgraciadamente. Ni siquiera soy un escéptico. El escéptico es un hombre afortunado: posee una fe, la fe en la imposibilidad de la certeza.

Puede vivir tranquilo, y, si se le antoja, dogmático. Pero yo no. Yo ni siquiera creo en la vanidad de cualquier búsqueda, y ni siquiera estoy seguro de la inexistencia de la certeza. Entre las cosas posibles también está ésta: que la verdad se encuentre y que alguien la posea.

¿Qué quiere decir que yo no la haya encontrado y que yo no la posea? De ahora en adelante no quiero seguir viviendo así: ya no más lanzado, como ahora, entre la duda y la negación, afanado tras el deseo siempre reciente, arrastrado por la derrota siempre repetida. Quiero que alguien me ayude, y que quien se ha calmado, me proporcione también a mí un poco de su paz.

Pero no palabras, no engaños, no patrañas, no esperanzas de muchachos o charlatanerías de mujeres.

Quiero una certeza segura -¡al menos una sola!-, quiero una fe indestructible -¡al menos una sola!-, quiero una verdad verdadera, aunque sea pequeña, aunque sea mezquina -¡una sola!-. Pero quiero una verdad que me haga palpar la sustancia más íntima del mundo; el sostén postrero, el más sólido; una verdad que se imponga por sí misma en mi cerebro y que no me haga concebir lo que a ella contradice; una verdad, en suma, que sea un

conocimiento, un conocimiento verdadero y propio, perfecto, definitivo, auténtico, absoluto.

Sin esta verdad no conseguiré seguir viviendo; y si nadie tiene piedad de mí, si nadie puede contestarme, buscaré en la muerte la beatitud de la plena luz y el descanso de la nada eterna ¹⁷.

BUSCANDO LA PAZ

Mientras los hijos del hombre no tienen donde reclinar su cabeza, yo poseo una casa de cinco habitaciones en un palacio de época, junto a los jardines siempre renovados, con el sol radiante besando la fachada, con buenas camas, cómodos sillones y delicada vajilla. Soy pobre, y sin embargo nada me falta. Cada día humea la menestra en la mesa y cruje el pan entre los dientes. También hay en la tierra una sonrisa para quien quiso alejarse como hijo maldito.

Mi vida entera se halla ordenada y regulada. Me retiro a descansar pronto, duermo hasta media mañana, mi estómago digiere bien, los amigos me aprecian, las mujeres me buscan, grandes y pequeños se quitan el sombrero cuando paso. Todo va bien. Nada falta. Todo va bien y nada falta para quien mira sólo desde fuera y juzga a los demás tomándose a sí mismo por medida.

Pero yo no he venido al mundo para esto, no me he resignado a vivir para esto, no he estado durante veinte años seguidos martirizándome y disciplinando mi alma, como un fraile loco se martiriza y disciplina pecho y espalda, únicamente para llegar a esto. Yo permanezco en el mundo porque el mundo es aún más terrible que la nada. He aceptado la vida porque la vida es más dolorosa que la muerte. Me he traspasado, desollado y azotado porque solamente del dolor nace la verdad, y en el fondo de la desesperación se encuentra el único placer que no produce asco.

Yo no quiero estar ni contento ni tranquilo, no quiero ser ni dichoso ni rico. Doy voces para atraer sobre mi cabeza desventuras sin cuento; invoco innumerables desgracias sobre el camino de mi vida. Que las enfermedades me obliguen a rechinar los dientes; que la pobreza me arroje de casa, que el amor me traicione; que los amigos me abandonen; que los gusanos me roan las entrañas; que la fiebre y la locura atenacen mi cerebro; que los enemigos me persigan y me golpeen; que mis seres más queridos se me mueran a mi lado, de repente, sin lanzar un gemido... Caiga sobre mí todo el dolor del mundo entero.

¹⁷ Ib. pp. 204-207.

*Entonces se verá si soy un hombre de verdad o un trapo viejo, si me sostiene una alma o sólo un esqueleto. Encanecen mis cabellos, se tornan flácidas mis mejillas, surcan arrugas mi frente, vierten lágrimas silenciosas mis ojos. ¿Qué importa? Sólo en la soledad desesperada crecen las flores que yo busco, crecen las flores que jamás se marchitan, que siempre están enhiestas, que siempre embalsaman el ambiente*¹⁸.

¿QUEDARÉ CIEGO?

Me he arruinado a los ojos desde pequeño leyendo a la luz de una bujía, o a la claridad, más quieta pero más débil, de un velón, que casi siempre hacia medianoche se extinguía poco a poco, dejándome a oscuras y con el hedor horrible de la torcida humeante por alguna hebra aún rojiza. Los he sacrificado en las jornadas de invierno, en los crepúsculos perezosos -¡qué lástima dejar a medio leer una página interesante y levantarse de la silla calentita para ir en busca de fósforos!-, en las salas sombrías de las bibliotecas anticuadas - ¡emperrado en leer mientras podía adivinar las letras, mientras podía escribir palpando el papel no lineado!-. Y al amanecer, apenas las primeras claridades asomaban por el horizonte, cogía de nuevo el libro dejado a la fuerza la noche anterior, y leía y leía sin descanso, tumbado en la cama, hasta que el fastidioso calor animal de las sábanas me echaba del lecho, al frío de la calle, para sumirme en mis tareas habituales.

Con la luz mísera y rojiza de la noche, con la escasa y vivaz claridad del alba, mis ojos se esforzaban y violentaban: las pupilas se alargaban desmesuradamente, los párpados enrojecían.

Sentía después singular entumecimiento durante todo el día y por mis mejillas resbalaba de vez en cuando una lágrima furtiva.

No le concedía excesiva importancia, pero desde hace muchos años no consigo distinguir lo que aparece en las cimas de las montañas, y aun a pocos pasos no reconozco un rostro amigo y familiar. No veo más que de cerca y con ayuda de lentes muy gruesos. El mundo ha perdido para mí sus colores más vivos y sus contornos precisos. Lo veo todo confuso, como oculto por una neblina, tenue por ahora, pero universal y constante. Desde lejos confundo las cosas por la noche: un hombre arrebujaado en su capa puede parecerme una mujer; una llamita tranquila, una hilera de luces rojizas; una barca que descende por el río, una mancha negra en la corriente. Los rostros son simples manchas blancuzcas; las ventanas, oscuras manchas repartidas por las fachadas

¹⁸ Ib. pp. 208-209.

de las casas; los árboles, manchas compactas que emergen de las sombras; y para mí sólo tres o cuatro estrellas de primera magnitud brillan en el cielo.

¡Y si al menos se mantuviese esto así! Pero me temo que acabaré por convertirme en un ciego. Tengo miedo de ver cada vez menos, y al final no ver nada en absoluto. Me imagino aterrado cuál sería mi vida. Mi única fuerza es la inteligencia. Carezco de amigos, salvo entre los muertos. Los libros constituyen mi única diversión. ¡Y no podría leer más!

Yo, con mi pensamiento, solo en medio de las tinieblas, hasta la muerte. No puedo creerlo seriamente, y sin embargo pienso en ello de vez en cuando como en algo cierto, fijado de antemano, cuestión de días o de años. E intento vivir esta desgraciada vida prevista. A veces, si la calle está solitaria, cierro los ojos y prosigo caminando. ¡Éxito! ¡Me tuerzo a cada instante! Siento junto a mí los salientes y los revoques de las casas. Advierto bajo mis pies las baldosas que entorpecen mi paso. ¿Sabría llegar a casa? De pronto llega a mis oídos un rumor: un coche, un transeúnte. Abro los ojos: el mundo no está perdido. Aún veo algo. ¡Estoy a salvo! Vuelvo a cerrar los ojos y, entre oscuridades y alegrías, sigo mi camino hasta llegar a mi destino.

Pero es inútil: estoy seguro de que me volveré ciego, lo presiento. Ya la visual se ha roto por algún punto. Manchitas oscuras danzan y giran ante mí, y no hay lente que las haga desaparecer. Cuando se vayan agrandando de forma que se unan entre sí, ante mis ojos caerá sobre el magnífico mundo del sol y del color el telón negro y definitivo de la ceguera. Y todo habrá acabado.

Si no muero ciego, moriré paralítico: también mis nervios están desechos y el cerebro no permanece demasiado sano. Noto los síntomas desde hace bastante tiempo: dolores y entumecimientos en una pierna, temblores en los dedos, enormes punzadas en el cerebro. A veces siento dentro del cráneo algo como si se licuara. Si intento pensar, todo es confusión y neblina, y parece como si todos los objetos huyesen de mí vertiginosamente, a pesar de que siempre permanecen ante mis ojos; las ideas desaparecen de repente, sin que consiga retenerlas, y una palabra estúpida, una imagen insignificante, resurgen ante mí y permanecen fijas, sin querer volver a la oscuridad del inconsciente.

El aire me resulta tan pesado como si debiese sostener el firmamento con la cabeza, y dentro de mí hay vacío y dolor, no puedo pensar, no puedo trabajar, no quiero saber nada más. Un cansancio enorme, una inapetencia espiritual propia de quien todo lo ingirió y lo vomitó, un odio hacia todas las ideas y todos los sistemas me hacen despreciable y digno de lástima a mis propios ojos.

Más de una vez he caído desvanecido, en casa y fuera. Y después he debido someterme a largas jornadas de convalecencia idiota, de forzado reposo, de indecible humillación, de rabia impotente, de esfuerzos sin objetivo determinado. Nada es capaz de electrizarme: ni el café, ni el té, ni el vino, ni las buenas palabras de los amigos, ni las caricias de una mujer. Saboreo mi disgusto y lo ahogo en la nada. Y sólo ansío la noche, el lecho, y el sueño profundo, largo, bestial, hasta avanzado el día ¹⁹.

NO QUIERO MORIR

¡Fuera de aquí, pues, embaucadores insidiosos y malignos, bestias hambrientas de muertos! ¡Yo no puedo morir! ¡Yo no quiero morir! ¡No moriré jamás!

¿Creéis tal vez que tengo apego á la vida porque soy feliz, dichoso, alegre, vivo cómodamente y dispongo de dinero? ¡Ni lo soñéis! Soy el más desgraciado y miserable del mundo entero: no tengo amor, ni riquezas, ni amigos: no soy agraciado ni vigoroso. Pocas alegrías he conocido en la tierra; rara vez he gozado de algo; he llorado a menudo; he sufrido casi siempre. Y sin embargo no quiero morir. No, absolutamente no: quiero vivir aún, vivir siempre.

Es inútil que me prometan otras vidas en otros mundos; una vida más hermosa, más tranquila, más luminosa. Conozco este mundo, esta tierra, esta vida, fea, agitada, tenebrosa; pues ésta quiero, ésta deseo, ésta pido para siempre. Yo quiero precisamente ésta mi vida desgraciada, descontenta, melancólica, triste -ésta mi vida dolorosa- Que al menos pueda ver el cielo por un ventanillo, que al menos oiga cantar a un pajarillo en primavera al amanecer; que al menos pueda escribir unas palabras para quien bien me quiere; que al menos pueda seguir la inquieta sombra de un árbol sobre el muro a luz de la luna de agosto.

Siento en mí una enorme voluntad de vivir. No quiero morir. Quiero comenzar de nuevo la vida. Quiero hallar otros momentos para vivir. Y vivir, a pesar de todo, suspendido de la nada, sin hilos sobre mi cabeza, sin puntales tras mi espalda, sin muletas bajo mis sobacos. Pero vivir todavía, vivir siempre, vivir en el pleno sentido de la palabra, vivir con los ojos y con las manos, con el cerebro y con el hígado, vivir aún diez, veinte, treinta años. Hasta que sepa conquistar mi pedazo de pan en el horno del mundo, y sepa decir mis palabras en los coros disonantes de los hombres.

¹⁹ Ib. pp. 210-213.

No quiero morir, ni del todo, ni a medias; ni como alma, ni como cuerpo. Hay en mí algo más fuerte que todas las derrotas; hay un escollo plantado en medio de mi alma que resiste todas las tempestades que lo han cubierto en los últimos tiempos. Hay una bestia que quiere comer, hay dos piernas que quieren caminar, hay un cerebro que quiere pensar, una mano que quiere escribir. ¿Por qué razón? ¿En nombre de qué fe? ¿A la vista de qué meta? La bestia no lo sabe, la bestia no es intelectual, la bestia no es religiosa, la bestia no comprende nada; pero no quiere declararse vencida.

Sin embargo, sé que nuestros ideales se precipitarán en la eterna oscuridad del olvido, en el vacío del no ser... El futuro no es para mí nada más que la desnuda perspectiva del aniquilamiento²⁰.

El yo más profundo está eternamente pisoteado y martirizado; pero este martirio constituye para él un placer, porque significa existir, significa oponerse a algo. Esta persecución de que le hace objeto el destino le da la certeza de que existe en él algo que merece tenerse en cuenta, le da conciencia de su importancia en el universo. Él ha descendido hasta el fondo del abismo. Ya no puede moverse: debe cavarse la fosa o subir de nuevo hacia la luz. No puede obrar de otro modo. Y entonces el hombre acabado sale al exterior y comienza un nuevo capítulo.

Pero este nuevo capítulo no se asemeja en absoluto a todos los demás. Las cosas que negó, negadas permanecen: no pido que vuelvan a mí los sueños abandonados; las ambiciones que desprecié también hoy las rehúso; los hombres que me esquivaron también hoy los mantengo alejados de mí; los propósitos que cegaron mis ojos están lejos para siempre. ¡Qué importa! Se inicia una nueva senda. El secreto ha sido hallado. Una última posibilidad de grandeza aparece ante mí, y yo no la rehúso. Sólo por ella florece de nuevo el desierto en silencio, y brillan las pupilas, avergonzadas bajo los párpados enrojecidos. Todavía puedo ser un héroe. Tengo necesidad de tenerme en gran estima para no verme obligado a aniquilarme; y es este nada lo que me salva.

Sé que ningún resultado darán los humanos esfuerzos. Sé que todos nuestros edificios quedarán destruidos; que de nuestros ideales, aun los alcanzados y dominados, se precipitarán en la eterna oscuridad del olvido, en el vacío del no ser.

Ninguna esperanza resta en mi corazón; ninguna promesa puedo hacerme a mí mismo y a los demás; ninguna compensación puedo prever por mis actos; ningún resultado por mis pensamientos. El futuro, este encantador de todos los

²⁰ Ib. pp. 218 y 220.

hombres, esta causa perpetua de todos los efectos, no es para mí nada más que la desnuda perspectiva del aniquilamiento.

Ante el espantoso espectáculo de la muerte, ante tan tremenda desesperanza, ante esta carrera hacia el abismo, no me altero ni retrocedo. Consiento en seguir viviendo. Todo cuanto haga será inútil, pero precisamente por esto me siento impelido a hacerlo. La nada, nada de mí mismo, de mi obra, del mundo entero, es el punto de llegada de cualquier esfuerzo mío y precisamente por esto seguiré esforzándome hasta que la tierra me llame a su oscuro reposo ²¹.

JESÚS DE NAZARET

SU CONVERSIÓN

Papini descubre la alegría de la fe en Dios y dice en su libro *Jesús de Nazaret*:

Tenemos necesidad de Ti, de Ti solo y de nadie más. Solamente Tú, que nos amas, puedes sentir hacia todos nosotros, los que padecemos, la compasión que cada uno de nosotros siente de sí mismo. Tú solo puedes medir cuán grande, inconmensurablemente grande, es la necesidad que hay de Ti en este mundo, en esta hora del mundo. Ningún otro, ninguno de tantos como viven, ninguno de los que duermen en el fango de la gloria, puede darnos a los necesitados, a los que estamos sumidos en atroz penuria, en la miseria más tremenda de todas, en la del alma, el bien que salva. Todos tienen necesidad de Ti, incluso los que no lo saben; y los que no lo saben, hartos más que aquellos que lo saben. El hambriento se imagina que busca pan, y es que tiene hambre de Ti; el sediento cree desear agua, y tiene sed de Ti; el enfermo se figura ansiar la salud, y su mal está en no poseerte a Ti. El que busca la belleza en el mundo, sin percatarse te busca a Ti, que eres la belleza entera y perfecta; el que persigue con el pensamiento la verdad, sin querer te desea a Ti, que eres la única verdad digna de ser sabida; y quien tras de la paz se afana, a Ti te busca, única paz en que pueden descansar los corazones, aun los más inquietos.

Te queremos a Ti únicamente, tu persona, tu pobre cuerpo taladrado y herido, con su pobre túnica de obrero pobre; queremos ver esos ojos que pasan la pared del pecho y la carne del corazón, y curan cuando hieren con ira, y

²¹ Ib. pp. 221-222.

hacen sangre cuando miran con ternura. Y queremos oír tu voz, tan suave, que espanta a los demonios, y tan fuerte, que encanta a los niños.

Tú sabes cuán grande es, precisamente en estos tiempos, la necesidad de tu mirada y de tu palabra, Tú sabes bien que una mirada tuya puede conmover y cambiar nuestras almas; que tu voz puede sacarnos del estiércol de nuestra infinita miseria; Tú sabes mejor que nosotros, mucho más profundamente que nosotros, que tu presencia es urgente e inaplazable en esta edad que no te conoce.

Viniste la primera vez para salvar; para salvar naciste; para salvar hablaste; para salvar quisiste ser crucificado; tu arte, tu obra, tu misión, tu vida es de salvación. Y nosotros tenemos hoy, en estos días grises y calamitosos, en estos años que son una condensación, un acrecimiento insoportable de horror y de dolor; tenemos necesidad, sin tardanza, de ser salvados.

Si tú fueses un Dios celoso y agrio, un Dios que guarda rencor, un Dios vengativo, un Dios tan solo justo, entonces no darías oídos a nuestra plegaria. Porque todo el mal que podían hacerte los hombres, aun después de tu muerte, y más después de la muerte que en vida, los hombres lo han hecho. Millones de Judas te han besado después de haberte vendido, y no por treinta dineros solamente, ni una vez sola; legiones de fariseos, enjambres de caifanes te han sentenciado como a malhechor digno de ser esclavo de nuevo; y millones de veces, con el pensamiento y la voluntad, te han crucificado, y una eterna canalla de villanos pervertidos te ha llenado el rostro de salivazos y bofetadas; y los palafreneros, los lacayos, los porteros, la gente de armas de los injustos detentadores de dinero y de potestad, te han azotado las espaldas y ensangrentado la frente, y miles de Pilatos, vestidos de negro o rojo, recién salidos del baño, perfumados de unguentos, bien peinados y rasurados, te han entregado miles de veces a los verdugos después de haber reconocido tu inocencia; e innumerables bocas flatolentas han pedido innumerables veces la libertad de los ladrones sediciosos, de los criminales confesos, de los asesinos conocidos, para que Tú fueses innumerables veces arrastrado al Calvario y clavado al árbol con clavos de hierro forjados por el miedo y remachados por el odio.

Pero Tú estás siempre dispuesto a perdonar. Tú sabes, Tú, que has estado entre nosotros, cuál es el fondo de nuestra naturaleza desventurada. No somos sino harapos, hojas inestables y pasajeras, verdugos de nosotros mismos, abortos malogrados que se revuelcan en el mal a guisa de infantes envueltos en sus orines, del borracho tumbado sobre su vómito, del acuchillado tendido sobre su sangre, del ulceroso yacente en su podredumbre. Te hemos rechazado por

demasiado puro para nosotros; te hemos condenado a muerte porque eras la condenación de nuestra vida.

Tú sabes estas cosas, Cristo Jesús, y tú ves que ha llegado otra vez la plenitud de los tiempos, y que este mundo febril y bestializado no merece sino ser castigado por un diluvio de fuego o salvado por tu mediación. Únicamente tu Iglesia, la iglesia por Ti fundada sobre la Piedra de Pedro, la única que merece el nombre de Iglesia, la Iglesia única y universal, que habla desde Roma con las palabras infalibles de tu Vicario, todavía se alza, reforzada por los ataques, engrandecida por los cismas, rejuvenecida por los siglos, sobre el mar furioso y enfangado del mundo. Pero Tú, que la asistes con tu espíritu, sabes cuántos y cuántos, incluso de los de ella nacidos, viven fuera de la ley.

Has dicho una vez: “Si alguien está solo, Yo estoy con él. Mueve la piedra y allí me encontrarás: hiende la madera, que allí estoy Yo”. Mas, para descubrirte en la piedra y en el leño, es necesaria, cuando menos, la voluntad de buscarte. Y hoy los más de los hombres no saben, no quieren hallarte. Si no haces sentir tu mano sobre su cabeza y tu voz en sus corazones, seguirán buscándose tan solo a sí mismos, sin hallarse, porque nadie se posee si no te posee. Nosotros te rogamos, pues, ¡oh Cristo!; nosotros, los renegados, los culpables; nosotros, los que aún nos acordamos de Ti y nos esforzamos en vivir contigo, aunque siempre demasiado lejos de Ti; nosotros, los últimos, los que, fatigados, rendidos, regresamos de los periplos y los precipicios, te rogamos que vuelvas una vez más entre los hombres que te mataron, entre los hombres que siguen matándote, para darnos de nuevo a todos nosotros, asesinos en la oscuridad, la luz de la verdadera vida.

Pero nosotros, los últimos, te esperamos todos los días, a pesar de nuestra indignidad. Y todo el amor que podamos obtener de nuestros corazones devastados será para Ti, ¡oh Crucificado!, que fuiste atormentado por amor nuestro y ahora nos atormentas con todo el poderío de tu implacable amor²².

CONCLUSIÓN

Hemos expuesto algunas ideas de Giovanni Papini sobre lo que él, siendo ateo, creía que podía ser Dios según lo que expresa en sus *Memorias de Dios*. Después hemos presentado algunos textos autobiográficos personales suyos sobre su vacío interior y su infelicidad ante la incapacidad de conocer la verdad y el futuro de su existencia. Y nos hemos podido dar cuenta de que los ateos, por más que quieran aparentar paz y tranquilidad, en el fondo de sus almas son

²² Papini Giovanni, *Jesús de Nazaret*, Ed. ABC, 2004, pp. 359-365.

infelices. Solo Dios puede dar la felicidad. Él ha creado nuestra alma para la eternidad y no para los cuatro días de este mundo. Por eso, hay un anhelo natural de querer vivir para siempre. Y pensar que tenemos que morir y que toda la vida ha sido un vivir sin un sentido, cayendo después de la muerte en un abismo de vacío y nada eterna, los desconcierta. Y eso les hace ser rebeldes contra la sola idea de la existencia de Dios, lo que puede explicar de alguna manera en muchos ateos (no en todos) la rebeldía contra todo lo que suponga vida sobrenatural o cosas sagradas o existencia de un Dios que nos pedirá cuentas.

Los ateos no pueden ser felices y algunos buscan y buscan un sentido a su vida y una razón para vivir. Algunos no lo encuentran nunca y mueren con odio a Dios, a la Iglesia y a todos los consagrados y a todo lo sagrado. Como si quisieran convencerse de que luchando contra Dios y contra sus seguidores pudieran así vencer a ese Dios hipotético que no les ha dejado vivir tranquilos en esta vida. Pero solo los sinceros de corazón, los que buscan a Dios con el corazón abierto a la verdad, pueden encontrar en él el amor, la paz y el sentido de su vida que estaban buscando.

Eso le pasó claramente a Papini, como a tantos y tantos ateos que solo en Dios han encontrado la alegría de vivir. Dios no es un Dios imaginario, Dios no es un Dios lejano e inaccesible. Dios es un Dios cercano y amoroso, como un Padre que sale al encuentro de sus hijos antes de que ellos lo busquen. Solo hace falta sinceridad en la búsqueda y esfuerzo para encontrarlo. Y él se dejará encontrar de la manera más insospechada.

Él nos habla a través de la conciencia, a través de la Iglesia, a través de la vida de los santos, a través de la Sagrada Escritura. El que quiera encontrarlo, lo encontrará fácilmente y basta con pedirselo de corazón y decirle algo así: Señor, si tú existes, quiero saberlo. Por favor ven a mi encuentro. Quiero conocerte y amarte para que me hagas feliz para siempre, porque tengo un vacío en el corazón que nada ni nadie lo ha podido llenar hasta ahora. Ven, Señor. Te estoy esperando.

Cada uno debe hablarle con sus propias palabras, no importa si le dice que no entiende ciertas cosas como el sufrimiento de los niños o de personas inocentes, que no entiende el porqué ha permitido que muchos malvados hayan asesinado a millones de inocentes. Lo importante es que le hablen con sinceridad. Dios no necesita que lo comprendan, sino que lo acepten y lo amen. Quizás con el tiempo puedan entender muchas cosas que ahora no pueden entender.

Eso es lo que le pasó a Papini que, cuando se convirtió, se hizo un enamorado sin medida de ese Dios que tanto tiempo estuvo buscando. Hermano lector, busca a Dios y, aunque creas ya en él, no te quedes en un simple creer,

